

Claves

Notas del Escenario Político

27 de Enero, 2014

El Gabinete Bachelet

El rasgo más importante del gabinete anunciado por la Presidenta electa Bachelet es la autonomía de su decisión. Esto fue resentido por los partidos políticos, en especial por la DC y el PS, pero sin capacidad de reacción. Por el diseño institucional del presidencialismo chileno y por la fuerza de su resultado electoral, Bachelet pudo reforzar esa señal. No es un quiebre, sino la expresión de esa autonomía. Este juicio básico requiere ser complementada con otras variables puestas en juego.

Primero, Bachelet llevó al gabinete a su núcleo de mayor cercanía y confianza. El eje está en la sintonía entre Rodrigo Peñailillo en Interior y Alberto Arenas en Hacienda.

Peñailillo va a ser el jefe de gabinete en forma. En esa línea, es clave que haya abandonado la concepción de un poder en la sombra, resguardado en el "segundo piso", que ubicaba en un lugar indeterminado el centro de la toma de decisiones. Por el contrario, con Peñailillo sincera el poder en La Moneda y lo ubica en el gabinete.

Pero es evidente, al mismo tiempo, que la formación del equipo económico estuvo en manos de Arenas y que todas las señales previas apuntaron a una coordinación de detalles entre ambos.

El resto del gabinete se ordena en torno a este núcleo.

Este diseño recoge algunas de las experiencias previas. Uno de los éxitos del Gobierno Aylwin fue la coordinación Boeninger-Foxley, que fue capaz de ordenar al resto en torno a su diseño. Cuando el Gobierno Frei no logró esa sintonía en su equipo político y entre ellos y su equipo económico, dirigido en ese entonces por Aninat, debió cambiar los ministros de La Moneda, primero trasladando a Interior a Carlos Figueroa a los seis meses e instalando a Insulza en la Secretaría General de la Presidencia un par de años después. Ese criterio lo impuso también el Gobierno Lagos con Insulza en Interior y Eyzaguirre en Hacienda, aunque éste último contaba con un apoyo adicional en Ottone desde el "segundo piso". Y, en ese período, cuando desde la Secretaría General de la Presidencia el Ministro Álvaro García quiso ser un contrapeso a Eyzaguirre, salió del gabinete.

Este contraste importa porque esa articulación no estuvo concebida así el año 2006, en su primer gabinete y –en los hechos– tampoco logró cuajar después. Ninguno de los ministros de Interior de Bachelet correspondieron a un perfil de complicidad con ella ni de coordinación con Hacienda: Zaldívar siguió en una lógica parlamentaria, sin alcanzar a inmiscuirse en el diseño de la maniobra del gobierno; Belisario Velasco entró rápidamente en colisión con Andrés Velasco; y Pérez Yoma generó un acompañamiento desde el manejo de crisis y la contención, no desde el despliegue de una concepción compartida.

Sólo el Ministro Viera-Gallo intentaba ese rol, que en la última etapa provino también desde el “segundo piso” y la posterior inclusión de Tohá en La Moneda.

Entender la dinámica y complicidad de Peñailillo y Arenas va a ser esencial. Y, a su vez, lo esperable es que cualquier ajuste posterior del gabinete cuide este núcleo básico para Bachelet. De algún modo, todos los demás ministros son fusibles respecto de este eje Interior-Hacienda.

Segundo, como señalamos, Bachelet hizo sentir el peso de su autonomía respecto de los partidos. Todos están representados, pero ninguno tiene ni ejerció un poder que condicionara la decisión. Más aún, el eje transversal del “gutismo” y el “escalonismo” tuvieron una evidente pérdida de poder.

Esta realidad, sin embargo, tiene matices y aristas que exigirán más complejidad de mirada.

El PPD aparece formalmente más fortalecido, con seis ministros y tres carteras estelares: Interior, Cancillería y Educación. Sin embargo, todos ellos son nombres de la Presidenta Bachelet. Las Ministras de Salud (Molina) y Vivienda (Saball) y el Ministro de Transportes (Gómez-Lobo) también surgen de ella o de Peñailillo o, a lo más, de recomendaciones de Carolina Tohá, entre los que se incluyen a la Ministra de Deportes Riffo, ligada al Senador Navarro (MAS). En rigor, ninguno de ellos proviene de ligazón ni a Girardi, ni a Lagos Weber y tampoco a la pretendida nueva influencia interna que busca ejercer el Senador electo Harboe.

En el PS la situación tiene otros ribetes: a pesar de sus expectativas, Escalona quedó fuera del gabinete; y, a pesar de estar considerado, finalmente Solari también queda –de nuevo-excluido de este primer equipo. Las distintas vertientes de la corriente “renovada” tampoco sienten que hayan sido explícitamente representadas. Esa tradicional lógica socialista no fue base de las decisiones. Sobre esa base, al interior del PS lo que prima es una sensación de inseguridad frente al poder que ejerce Bachelet y, al mismo tiempo, los ministros socialistas asumen que están ahí por decisión de ella, no del partido. Sin embargo, ¿eso implica una pérdida de influencia de esos liderazgos y corrientes? En rigor, no. El propio Alberto Arenas tiene una estrecha relación con Escalona y Álvaro Elizalde es del círculo “tercerista” que encabeza Solari. El punto es la señal de autonomía de Bachelet y el destierro de la idea de que ella dependa o necesite de algún *factótum*.

En la DC la situación es algo similar, aunque ahí la pérdida de poder del “gutismo” es más explícita. La inclusión de Javiera Blanco, según todas las versiones inicialmente considerada en La Moneda, responde a la cercanía de Bachelet con Frei. La nominación final de Ximena Rincón se ubica más en el eje Pizarro-Cornejo y las designaciones de Burgos y Undurraga, que integran la corriente de “los príncipes” del Presidente Ignacio Walker, son muy *in tuito personae*.

Salen de este cuadro de los partidos principales la nominación de los presidentes del PR Gómez y de la IC Osorio. Asimismo, la sola inclusión de una de sus militantes deja satisfecho al PC, que vuelve al gobierno después de 40 años.

Esta decisión de Bachelet debe entenderse desde la fuerza, no como beligerancia. Y esa fuerza apunta a que se asuma su autonomía y que exista subordinación en torno a las necesidades del gobierno y su programa.

Tercero, esta señal política gruesa está acompañada de un diseño que buscó marcar solvencia en el equipo económico.

Alberto Arenas es el jefe del equipo económico y logró consensuar e imponer los nombres que permitieran transmitir esa señal. Si en algún momento hubo resquemores respecto de Arenas, en parte se han disipado por los contactos desplegados, por la asimilación de la influencia que ejerce en Bachelet y ahora por el equipo que lo va a acompañar.

En el Ministerio de Economía se empeñó personalmente por designar al economista Luis Felipe Céspedes, que fue el jefe de asesores de Andrés Velasco. Aunque es militante DC y construyeron su propia relación en el Ministerio del Hacienda del anterior período de Bachelet, su cercanía con Velasco es una señal de apertura e inclusión al sector liberal de la Nueva Mayoría.

Luego, la nominación de Máximo Pacheco en Energía es una de las señales más significativas. No sólo transmite la importancia de esta agenda para asegurar crecimiento y competitividad del país, sino que también marca la decisión de poner una reconocida capacidad de gestión para impulsar los proyectos necesarios. Asimismo, hay una virtud adicional que tiene un potencial de contención de conflictos: Pacheco viene de ejercer un cargo en International Papers, una empresa global de celulosa con altos estándares ambientales. Hay ahí un relato propio que puede ser útil frente a esos sensibles movimientos sociales.

En Agricultura, Carlos Furche tiene una importante trayectoria en la apertura de mercados y negociación de tratados. Conoce en detalle el sector agrícola y a sus actores y, en general, construyó vínculos de confianza y cercanía con muchos de ellos.

En términos relativos, las áreas de infraestructura, con Saball en Vivienda y Undurraga en Obras Públicas, tienen todavía menos peso político. Ahora bien, Saball sabe de vivienda y urbanismo, ha tenido un desempeño profesional y técnico en distintos cargos de esta área, mientras que Undurraga sabe poco de la agenda de la agenda específica de infraestructura. Sin embargo, tiene a su haber la experiencia de gestión de una municipalidad grande y compleja como Maipú y, sobre todo, pone de nuevo un peso político en esta cartera. Tal vez influyó en esta decisión que cuando se ha puesto a expertos ha primado la rigidez y lentitud en la toma de decisiones.

Cuarto, es importante destacar la importancia que se le otorga al programa.

El discurso de la Presidenta Bachelet al presentar el gabinete y las vocerías iniciales reiteran esta referencia. Se lo ha transformado en un factor ordenador y el soporte de la coalición.

Esta construcción es clave en el diseño, por dos variables.

En primer lugar, se forja una especie de mito en torno al programa, porque condensa ahí la legitimidad de cómo se recogió las demandas ciudadanas y el respaldo ciudadano a la agenda que se impulse. Luego, el que se sale de esa agenda se sale del programa; y pierde automáticamente legitimidad.

En segundo lugar, siempre subsistirá la disputa por la interpretación del programa. Como es natural y obvio, como documento, es un texto que explicita con precisión algunas materias y es lo necesariamente ambiguo en otras. Los acentos de cada liderazgo y partido estarán en llenar de contenido "ese programa". El punto es que en manos de Bachelet y sus ministros, el acento de la referencia al programa marca que la interpretación última de su sentido y alcance estará en el gobierno.